

estudios

Educación y técnica pedagógica

NUESTRO APARATOSO MUNDO.

Vivimos en un mundo "aparatoso". Tomo la palabra etimológicamente. Quiere decirse, pues, en un mundo lleno de aparatos y lleno de aparato. Ambas acepciones van unidas.

No es preciso insistir sobre la pululación de aparatos para todos los usos, que resuelven mecánicamente múltiples tareas. El aparato supone una calculada organización de una materia dada para que las tareas que se han de efectuar se cumplan del modo más uniforme y regular posible a fin de obtener los efectos calculados. Esta uniformidad y regularidad no se obtendrán más que si la labor se cumple mecánicamente. Y esto aun en el caso de que el aparato no sea una máquina, sino una organización de hombres. Se habla de un aparato científico, económico, burocrático. La burocracia precisamente ofrece el ejemplo de la mecanización del hombre, que funciona en el aparato burocrático como una pieza intercambiable, no como persona irremplazable en su existencia singular. Los más perfectos burócratas son los hombres flemáticos, de trabajo lento y seguro, uniforme y frío, meticoloso y racionalizado. El flemático tiende a vivir así su vida privada, como arquetípicamente mostró Kant. Pero en Kant, y en otros hombres, de capacidad superior, la mecanización de su vida ordinaria puede ser un recurso para liberar la atención de lo inmediato y cotidiano y para dedicarse a otras tareas de más fondo. En cambio, cuando esta mecanización es fin de sí misma, la vida interior se deseca y queda el arenoso desierto sin vida (1).

Que, además de estar lleno de aparatos, el mundo actual es "aparatoso" en el sentido más corriente de la palabra, lo muestra cualquiera de sus racionalizadas actividades. Piénsese, por ejemplo, en el gran aparato con que se hace la propaganda. La exageración de gestos y manifestaciones externas en general, se hace patente desde los más corrientes anuncios comerciales, a través de la radio y televisión y en las pantallas cinematográficas, revistas y diarios, hasta las concentraciones y mítines monstruosos que preparan las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. En todos los casos, la propaganda se realiza aparatosamente. Y, para realizarla así, requiere a su vez aparatos, medios técnicos que amplifiquen, multipliquen y difundan sus desmesuradas manifes-

(1) Para un análisis más detallado de lo que es aquí solamente un preludeo necesario, puede verse el libro de Philipp Lesrch, *El hombre en la actualidad*. Gredos. B. H. de F., 16. Madrid, 1958.

taciones. Aparatos y aparato manifestativo se vinculan, pues, estrechamente.

El fenómeno es general. Su mayor agudeza acaso se muestre hoy en el aparato y aparatos bélicos. Al menos son los más impresionantes por su peligrosidad. Y recuérdese con cuánto aparato se hacen los ensayos científicos astronáuticos, las maniobras militares o las pruebas atómicas. Pero en cualquier terreno —grandes planes políticos, económicos, ceñidos edificios colosales— encontramos expresiones exageradas del intelecto o del poder humanos: aparatosidad, en suma.

EL APARATO EDUCATIVO.

La enseñanza puede ser planificada, mediatizada, achatada al nivel del hombre mediocre; puede, en suma, montarse como un aparato.

Pero, claro es, que el aparato educativo mecanizará la enseñanza, si todo se hace homogéneo, al nivel medio; si se desconoce la variedad real de los educadores y de las instituciones educativas y se encaja todo en la uniformidad mecánica del aparato.

Podrá alegarse que el enorme aumento de población escolar en todos los países, particularmente en la enseñanza media, ha planteado los problemas comunes a toda masificación; y que la aparición de la masa, en cualquier orden humano, exige la racionalización, la planificación del trabajo, la organización de pruebas impersonales, la formación apresurada de un profesorado abundante, que por aquel apresuramiento y esta abundancia será más bien de tipo medio y necesitará ser tratado como tal; es decir, encajarlo en el conjunto calculado, en un orden de enseñanzas y métodos que dejan poco a la iniciativa personal y a la diversidad de formación y carácter de los profesores.

Conforme a esas necesidades, el legislador se ve impulsado a dictar disposiciones abundantes, reglamentos minuciosos, intervenciones centralizadoras que contribuyen a uniformar y mecanizar las enseñanzas.

Me limito a describir una situación, no específicamente española, sino general en todo el mundo, pues responde al espíritu masivo y mecanizador de nuestro tiempo.

Sobre estos supuestos, la labor personal del profesor y las relaciones interpersonales tienden a desaparecer. No se trata ya, como en los grandes educadores clásicos, de que maestro y discípulo se muevan a una hacia la verdad hasta quedar implantados en ella. Se trata solamente de amueblar la cabeza de los estudiantes con unos conocimientos, que son tomados y entendidos en un sentido utilitario —aunque no haya sido éste el propósito del legislador ni el del profesor—, y cuya forma de utilidad más inmediata es pasar un examen, para obtener un título, también utilitario, que permita situarse en la vida; título que, en último término, es lo único que muchas veces se exige, por lo que no debe extrañar que sea lo único buscado.

En una enseñanza tan aparente y aparatososa todo quedará centralizado y planificado. Los profesores

serán intercambiables, como las piezas de una máquina, dentro de su especialidad, ya que se ha perdido la diversidad de las personas. Una hora dada por cualquier profesor será valorada igualmente que la dada por cualquier otro; la cantidad de horas y no su calidad será la medida.

Todos sabemos que esto no ocurre aún; que no todo el mundo enseña con el mismo amor y eficacia, que no siempre se obtienen los mismos resultados en el mismo tiempo. Pero es complejo y difícil valorar cualitativamente; a distancia, es mucho más fácil medir por horas, cuantitativamente, la labor del profesor. A esta tendencia, que por lo general ya se advierte, y que va ganando terreno, es a lo que he llamado homogeneización educativa.

Si un día se llega a una planificación tan completa, a una reglamentación tan minuciosa y a una vigilancia tan estrecha que haga enseñar a todos los profesores lo mismo de la misma forma, según elaborados métodos uniformadores, se podrá en realidad prescindir del profesor mismo con su personal presencia en la clase. Bastarán vigilantes que cuiden de que los escolares escuchen y estudien lo que en un magnetofón o un altavoz de radio les va dictando. Así, la misma exposición será oída por millares de alumnos, lográndose la anhelada uniformidad.

Los sistemas valorativos de las diversas pruebas de exámenes llevan el mismo camino. Una compleja técnica sicopedagógica va preparando el material, pues es sabido que el aparato —aunque no sea máquina— se reduce en el fondo a la técnica.

TÉCNICA PEDAGÓGICA Y EDUCACIÓN.

Las técnicas pedagógicas han progresado mucho. En sí esto no es un mal, claro está. Los avances sicopedagógicos suponen un mejor conocimiento del sujeto humano y una utilización de los medios más convenientes para enseñarle una disciplina determinada. En algunos países se ha llegado a una sistematización casi perfecta en la enseñanza del idioma y de la literatura. Tan perfecta que el profesor sigue una pauta en la que no caben las innovaciones geniales. No se olvide que "perfecto" significa "acabado", pero por eso mismo, "cerrado". Se puede alegar, con razón, que es seguro que la mayor parte de los profesores no van a ser genios y que más vale encajarlos en un buen sistema —de buenos resultados, bien probados— que dejarles a su libre iniciativa la ordenación de sus cursos. Es verdad. Pero se reconoce que impera el término medio, y que la genialidad personal, de donde pueden brotar nuevas perfecciones, queda bloqueada. El maestro funciona como un instrumento al servicio de la cultura. Por supuesto, de una cultura de carácter instrumental y funcional.

Esto es mejor para la masa, que en último término tiene la palabra en nuestros días. Ya en otras ocasiones he señalado que la masa puede tener un valor positivo, y no simplemente el negativo que le asignan algunas descripciones e interpretaciones aquejadas de minoritarismo privilegiado. Pero, como en todo lo humano, lo positivo y lo negativo van juntos. Y por lo que respecta a la cultura, se cumple el principio de que se pierde en intensidad lo que se

gana en extensión. Las técnicas pedagógicas modernas permiten adquirir muchos conocimientos a mucha gente. Parodiando la fórmula del utilitarismo moral de Bentham, podríamos decir que permiten "el mayor número de conocimientos posibles del mayor número posible de gentes". Pero "ser persona culta" no es equiparable a ser persona que conoce muchas cosas, acumulativamente, sin criterio valorativo y jerarquizador. Tampoco equivale a "especialista", es decir, al que posee todos los conocimientos posibles sobre una sola cuestión, aunque ignore no sólo todo lo demás, sino también si hay otros campos posibles de reconocimiento. Un extenso número de lecturas superficiales no cultiva más el espíritu que un reducido número de lecturas lentas y reflexivas. La extensión tiende a dispersar el espíritu en vez de interiorizar la realidad.

Hay que estar a la altura de los tiempos, se nos dice; hay que saber cada vez más cosas para estar en condiciones de competir con los demás. Pero en estas aseveraciones juegan sólo motivos utilitarios. Para nada se piensa en la perfección de la persona humana por medio de la educación. Los conocimientos son extrínsecos al núcleo de la personalidad. Por otro lado, los tiempos históricos suponen distintos niveles. Si por "estar a la altura de los tiempos" se entiende estar al nivel de nuestro tiempo y éste fuera un tiempo de bajo nivel, no residiría en ello ninguna perfección intrínseca, sino la necesidad utilitaria de acomodarse al tiempo en que se vive. ¿No puede pensarse que haya personas que estén a un nivel más alto que el de nuestro tiempo y que ahora resulten excéntricas, pero que son después —si dejan una obra— las más valoradas, precisamente porque no estuvieron a la altura de nuestro tiempo, sino a más alto nivel?

Así, pues, la bondad de las técnicas pedagógicas, consideradas en sí mismas, no las libra de ser utilizadas para la uniformidad y la masificación de la cultura. Ellas mismas son, como técnicas, instrumentales y funcionales, por lo que son muy bien vistas en una cultura que reviste esos caracteres. Si, además, cuantifican, tanto mayor adhesión despertarán, pues la cuantificación ignora las diferencias cualitativas y tiende a la homogeneidad en las valoraciones.

Esto se ve sobre todo claramente en la técnica de las pruebas de examen. Por una parte, tienden a la impersonalidad; por otra, a la cuantificación. Impersonalidad y cuantificación son signos de deshumanización, sea de la deshumanización del arte o de cualquier otro aspecto en que deje de contarse con que cada hombre es una persona concreta, irremplazable e intercambiable.

También aquí es la enorme masa escolar la que impone los sistemas de pruebas impersonales y cuantitativas. Por lo que hace a la impersonalidad, se llega al extremo, en algún país, de que los ejercicios anónimos de los alumnos sean calificados por profesores que no los han conocido nunca ni los ven personalmente, ni saben siquiera de dónde les vienen los ejercicios. No es éste el caso de España, pero el caso se da. Y lo curioso es que esto se considera como una garantía de imparcialidad. No obstante, la justicia distributiva es tanto más perfecta cuanto se aplica

con un conocimiento más completo de las personas consideradas en su concreta realidad. La justicia divina es absolutamente perfecta porque Dios nos conoce a todos, uno por uno, de modo total y sin error, penetrando nuestras más secretas intenciones; así, da a cada uno justamente según sus merecimientos. Se dirá que la justicia humana es otra cosa; que no es perfecta y que una prueba anónima elimina toda posibilidad de influencias extrañas e incluso la ventaja que puede tener la simpatía personal.

No se trata, en realidad, de hacer justicia a una persona, sino a una obra muerta, al escrito anónimo que de ningún modo pretende decirnos algo sobre el alma, sino recoger lo que ha aprendido y repite, de modo tan externo e impersonal como lo ha aprendido. Eso se desprenderá como una hoja seca al primer viento. No habrá echado raíces en el alma y no se sostendrá. Por eso se aprenden tantas cosas y quedan tan pocas y éstas tan superficialmente. En realidad, todas las clases se van convirtiendo en "clases de adorno".

En cuanto a la cuantificación de que hablábamos, no es tampoco un mal en sí misma, sino en la adoración supersticiosa por el número. No cabe duda de que una buena batería de tests es valiosa y que sus resultados deben ser tenidos en cuenta. Pero su interpretación en abstracto, aun realizada por personal bien adiestrado, no basta para realizar la justicia de las calificaciones. Debe completarse con el conocimiento inmediato y personal que tienen de los alumnos sus propios defensores. Hasta hoy, descontando algún posible caso de arbitrariedad, los que mejor califican son los profesores que más inmediata y directamente conocen a sus alumnos, o bien, los propios alumnos cuando se califican unos a otros, sin mediar la distancia de maestro a discípulo.

LA SITUACIÓN EDUCATIVA ACTUAL.

Yo no sé si por este camino vamos a la barbarie, como dicen muchos críticos de la cultura actual. A caso su visión sea en exceso pesimista. Todavía se mantiene en muchos sitios la relación personal entre maestros y discípulos. En unos y en otros hay gentes que se esfuerzan por realizar una auténtica labor cultural y no una externa transmisión de conocimientos, que se trasladarían como muebles de una cabeza a otra. Las reglamentaciones escolares dividen las clases demasiado numerosas cuando hay profesores suficientes para ello. Desgraciadamente, en la enseñanza superior, esta posibilidad falla. La dificultad no es la misma en los distintos grados de enseñanza.

En la enseñanza primaria es relativamente fácil crear maestros con conocimientos suficientes, pero es muy difícil crear en los maestros la auténtica vocación, sobre todo si, como ocurre en todo el mundo, la retribución es escasa y la vida rural los va desvinculando de la cultura. No es ya que falten maestros, sino que faltan maestros que quieran permanecer en sus escuelas. Pero es también en este grado en donde las técnicas pedagógicas se han desenvuelto más y donde más eficazmente se han aplicado. En un grupo escolar moderno, la división de las clases, los medios disponibles y la preocupación por una

formación completa del niño, mejor conocido y mejor tratado, puede lograr muy buenos resultados. Pero no todas las escuelas son grupos escolares, ni disponen de sus medios; carecen precisamente del "aparato" que en otros lugares sobra.

El problema mayor se da, al parecer en todos los países, en la llamada enseñanza media. Ocurre que este grado de enseñanza está hoy en una situación de ambigüedad. Por una parte, es preparación para la Universidad —y en este sentido sigue siendo "intermedia"—; pero por otra, se le reconoce un fin en sí misma: preparar en general para la vida. No se han logrado hasta ahora conciliar los dos fines.

Pero el mayor problema lo plantea la masa escolar. Cuando el bachillerato español se instituyó, era efectivamente "medio" para acceder a los estudios superiores. Esto mismo limitaba el número de escolares. Esta limitación imponía ya una selección. No se quiere decir que todos fueran buenos estudiantes, pero eran estudiantes cuyas familias tenían tradición cultural o que vivían en un medio ya de suyo seleccionador. Pero irrumpe la masa. Es hoy ideal no sólo de las familias, sino también de los Estados, que todo el mundo curse estudios medios, al menos el llamado "bachillerato elemental" en España. Ahora bien, el bachillerato de estilo tradicional no es para una masa. Las materias estudiadas, por lo general, no despiertan interés; el modo de enseñarlas es frecuentemente inadecuado; las disciplinas por curso son excesivas, sin contar el frecuente desajuste entre la madurez mental de los alumnos y los programas que se les imponen. Mas no se trata sólo de dificultades parciales, sino que la dificultad es global. Parece que se necesitaría otra clase de estudios y una distinta orientación. Cómo se ha de lograr esto, creo que todavía no lo hemos encontrado. Por eso el desajuste persiste.

Las frecuentes pruebas estimulan la preparación unilateral, utilitaria. Por otra parte, no son garantía de selección. Después del examen de Grado Elemental se encuentran en los cursos superiores alumnos que no se explica cómo han pasado la prueba, bien por falta de capacidad o por falta de preparación. No se puede achacar a injusticias de los tribunales; es el estilo mismo de la prueba y el apresuramiento que el número impone lo que hace inútil el rigor del tribunal. Sin ser completamente impersonales —en otros países lo son mucho más—, nuestras pruebas tienden ya a la impersonalidad, como consecuencia de la masa de escolares.

El profesorado de enseñanza media es hoy desigual. En las oposiciones a cátedras se viene exigiendo un nivel muy alto, para lo que después han de hacer; un nivel que era adecuado en los tiempos en que el catedrático de Instituto era un pequeño profesor de Universidad, para alumnos que en su mayoría iban a cursar estudios universitarios. La masa escolar ha impuesto aquí también sus leyes: se necesitan muchos más profesores, pero no se ha aumentado la plantilla de catedráticos titulares desde hace medio siglo. Se ha complementado con adjuntos, titulares o interinos, encargados y ayudantes. La enseñanza privada, que absorbe la mayor parte de la población escolar, tiene que utilizar un profesorado

muy numeroso. Pero es difícil encontrar numerosos profesores bien preparados.

El problema es aún más difícil de resolver en la Universidad. Aquí comienza a imperar la masa; dentro de pocos años el problema del profesorado será agobiante, pues es difícil formar rápidamente un profesorado de nivel universitario. Las clases, no divididas, son muy numerosas en algunas universidades, sobre todo en los primeros cursos, y suele atenderlas un solo titular en muchos casos, ya que algunas disciplinas no tienen adjunto propio. Parece difícil, no ya que el Estado, pero ni siquiera la sociedad pueda subvenir a las necesidades planteadas por la marea creciente de escolares en cuanto a profesorado, edificios y medios materiales. Por todas partes las provisiones están siendo desbordadas.

Si describo la situación española es porque nos toca más de cerca, pero hay también grandes dificultades en otros países. En algunos se refiere a la enseñanza primaria y en otros a la media. Es menos frecuente en la universitaria, sin contar el caso especial de las Universidades norteamericanas. Pero en éstas se expiden títulos de especialidades cerradas, que difícilmente pueden entrar en lo que se entiende por formación universitaria.

De la "formación" se habla mucho por todas partes, pero la verdad es que la deshumanización que los estudios y los exámenes implican no parece muy formativa. "Formar" a un hombre supone contar con lo que él es, con su temperamento y carácter, con sus aptitudes y vocaciones y, sobre todo, contando con ello, perfeccionarle en lo posible según un modelo ideal, ya que la naturaleza humana no es perfecta, pero sí perfectible.

¿Y dónde aparece este propósito en los saberes heterogéneos y acumulativos, en la especialización cerrada o en las pruebas impersonales? Las críticas pesimistas a que antes aludía, dicen que caminamos hacia una nueva barbarie. Esto es, que al hombre adornado de saberes superficiales le queda el alma intacta, no cultivada, y entonces, se mueve por impulsos primarios: el afán de riquezas, de placer o de poder. Y como desaparecen las jerarquías y los criterios valorativos, su voluntad es ley; voluntad que no puede llamarse así, pues no es apetito racionalmente dirigido, sino pura espontaneidad vital. Así, se une a la primariedad de los impulsos el arbitrario querer y de esta unión surge una acción que es pura barbarie.

Pero no hace falta llegar a este extremo. Aunque no lleguemos, podemos preguntarnos si a esta racionalizada, planificada, técnica, impersonal y uniforme organización de las enseñanzas se le puede seguir llamando "educación".

EUGENIO FRUTOS CORTÉS.

Catedrático de la Universidad de Zaragoza.

La educación musical en la escuela primaria

La música tiene una misión de vastas proyecciones en la Escuela Primaria. Su enseñanza es de gran

valor, ya que el niño a través de ella llega a autodisciplinarse y a sentir la necesidad de los valores trascendentales. La importancia cada día mayor que la educación musical está adquiriendo en la Escuela Primaria de casi todos los países, nos demuestra que la música es esencial en cualquier sistema educativo.

La educación musical es un campo con dos aspectos igualmente importantes: el musical y el pedagógico. Los objetivos generales y específicos de la educación musical requieren una labor difícil y de amplios horizontes. Es necesaria la coordinación de la música y de la pedagogía para que la educación musical esté presente en la vida escolar del niño y muy especialmente en la Escuela Primaria.

En la práctica se confunde el concepto de educación musical con la enseñanza de cantos escolares. Esta formación puramente imitativa y externa al niño deja sin cultivar sus facultades musicales.

La escuela no debe limitarse a enseñar algunas canciones a sus alumnos, su papel es de mayor responsabilidad. El niño ha de estar en condiciones, al acabar la Primaria, de leer y traducir gráficamente los sonidos. Debe ser capaz también de crear sus propias melodías y de cantar otras de dificultad proporcionada a su corta edad.

Es necesario excluir la enseñanza pasiva (por oído) y conseguir que el niño "conozca" los signos gráficos de las notas y sepa escribir cualquier melodía escuchada, a modo de dictado musical.

Para lograr estos fines es indispensable una enseñanza sistemática y cotidiana, basada en un método de eficacia probada.

El ejercicio activo e inteligente de la música es la mejor preparación que puede darse a un niño para enseñarle a estudiar, porque sin darse cuenta se acostumbra a armonizar su capacidad intelectual con sus demás facultades.

El primer obstáculo para capacitar los alumnos en la doble faceta interpretativa y creativa es la deficiente formación, en lo que a música se refiere, de la mayoría de los maestros y maestras. Como consecuencia, en muchísimas escuelas se confía la enseñanza de la música a profesionales de la misma, que aprendieron en los Conservatorios una técnica instrumental y una teoría musical completa, pero que normalmente desconocen los rudimentos de la pedagogía y de la psicología infantil. La formación musical de los maestros, ofreciéndoles una técnica pedagógico-musical, es, a mi modo de ver, urgente. Es aquí que aparece la necesidad de elegir un método si realmente queremos ser eficaces en nuestra labor musical.

Los métodos de enseñanza musical elemental son múltiples. Si personalmente me inclino por el método WARD, uno de los que han alcanzado mayor difusión, es por conocer los resultados que dicho método ha obtenido en las escuelas de los Estados Unidos, Canadá, Brasil, Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, Italia, España y Portugal.

Por otro lado, la especial atención que dicho método presta al repertorio gregoriano no puede dejarnos indiferentes; para el educador católico la enseñanza del canto gregoriano ayuda en gran manera a la participación activa del niño en la liturgia. El ca-